ORACION FUNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES HONRAS CELEBRADAS

EN LA REAL CAPILLA DE GRANADA

EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1863,

POR EL ETERNO DESCANSO

DE LA REINA D.ª ISABEL I

DE CASTILLA,

PRONUNCIÓ

EL SEÑOR DON SERVANDO ARBOLÍ,

PRESBÍTERO, CAPELLAN REAL DE LA MISMA, DOCTOR EN SAGRADA
TEOLOGÍA, INDIVIDUO DE VARIAS
SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS, ETC.

Se imprime por acuerdo del Ilmo. Sr. Capellan Mayor y demás Sres.
Capellanes de la misma, con licencia de la Autoridad eclesiástica.

CÁDIZ.

LIBRERIA DE EDUARDO GAUTIER,
calle de S. Francisco, núm 25.
1864.

IMPRENTA DE D. JOSÉ RODRIGUEZ,
calle de la Verónica núm. 19.

†

Diligite justitiam, qui judicatis terram.

Amad la justicia los que juzgais la tierra.
SAP 1. 1.

ILMO. SEÑOR.

Nunca la verdad perece porque Dios eternamente la sostiene: y las acciones que la reflejan, las que llevan en si mismas el sello de la justicia, pasan en voz de bendicion á las generaciones futuras, levantando un monumento grandioso á la fé que las inspira, y tejiendo una corona sobre el sepulcro donde reposan las cenizas del héroe que ganó inmortal renombre. La verdad pasa los límites del tiempo, su voz imponente nunca cesa de clamar por la justicia, rompe el silencio de la tumba fria, se levanta airosa sobre los despojos de la muerte y los arroja sobre el mónstruo del orgullo para enseñarnos nues-

tra nada y darnos la evidencia de nuestra debilidad.

Esta voz resuena hoy; yo percibo su armonioso sonido, y ella es para mí mas elocuente que las acciones ilustres que debieran ser el asunto de mi elogio. Aun no ha muerto, no, porque la justicia nunca muere: vive todavia la sombra augusta de Isabel I de Castilla: no debeis llorar sobre su tumba, sino rodearos en torno suyo, para oir en medio del lúgubre silencio las palabras que ella supo copiar de un Rey sabio, *díligite justitiam qui judicatis terram*.

¡Qué grande no se nos mostrará Isabel I, si al abrir hoy su sepulcro podemos mezclar nuestras lágrimas de dolor con el llanto del consuelo, si de esos restos inermes podemos deducir una gloria, si habla la justicia donde enmudece el polvo de nuestra miseria! Creeré entonces que su sepulcro no existe, y que si existe no es mas que para mostrar la gloria inmortal que lo circunda. Y por ventura, ¿los hechos de la Reina Católica no serán la voz de una verdad permanente, la eterna leccion dada á los príncipes de la tierra para enseñarles que solo el principio religioso sin elementos de otro género, sin combinaciones que lo de-

bilitan, sin tergiversaciones que lo destrozan, puede ser orígen de la felicidad de los pueblos?

La solucion de esta pregunta sería favorable á nuestra causa, si yo lográra retratar el carácter de Isabel I en relacion estrecha con el tema de mi discurso: justicia como muger, justicia como Reina, justicia como católica. Justicia como muger en su vida privada, justicia como Reina en el gobierno, justicia como católica en la completa sumision al principio religioso. Si Isabel se valió de los tres grandes recursos de sus virtudes morales, de sus virtudes políticas, y de sus virtudes católicas para la felicidad de la monarquía, y si es fácil demostrar que en aquellas tres diversas fases de su carácter están condenados los tres grandes enemigos que causan la desgracia de las naciones, á saber: la vida de la materia, la política mal dirigida, y la religion que se separa de la gran idea católica, su mayor elogio lo trazará ella misma repitiendo las palabras que hoy ponemos en sus labios, *diligite justitiam qui judicatis terram.*

Pero hay una mision aun mas sagrada que cumplir en este dia. La verdad que defendió Isabel I y que fué, por decirlo así, el alma de su existencia, cuenta hoy numerosos ene-

migos y es necesario acudir á su defensa. El catolicismo nos hace el elogio de una gran Reina; ésta pues debe trazarnos en los tres grandes caractéres bajo los cuales vamos á considerarla una brillante apología de la Iglesia, poniendo á nuestra vista tres creaciones que son hijas de su espíritu, á saber: la vida de nuestro ser moral, las buenas dotes de gobierno, la verdadera idea de la religion: y reasumiendo estos tres conceptos como tambien los tres primeros, hallaremos necesariamente en el catolicismo la vida de las naciones, en Isabel los efectos de la vida de la Iglesia; en ésta el modelo, en aquella su traslado; en Dios el principio de toda justicia, de todo poder, de toda grandeza; en Isabel una Reina que atesora la conviccion de estas verdades, que es grande y poderosa á proporcion de la fé que abriga en su pecho, y que brinda con la felicidad á los que sigan sus huellas obrando en todo conformes á lo que pide la justicia del cielo, *diligite justitiam qui judicatis terram.*

Si alguna vez debiera sorprendernos el espectáculo de nuestra nada sería en la contem-

placion de ese sepulcro. Y que, ¡la lámpara funeraria ha de alumbrar á la que fuera en un dia el brillo de la Corte, la gloria del Trono, la perla del catolicismo! El mármol orgulloso guardará en su seno á la que no cabiendo en el universo conocido, tuvo que buscar otro hemisferio! llorosa la sociedad lamentará con hondo plañido la pérdida de una Reina, de una madre cuyo nombre solo es la apología del Trono y el elogio del cristianismo! Cómo? *¿quómodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* ¿cómo tambien la muger mas poderosa ha cedido al duro imperio de la muerte? ¿cómo ya serán sus cenizas el recuerdo triste de un siglo? *quómodo cecidit potens.* ¿Y esta Isabel era aquella ante quien enmudecieron los príncipes, ante quien los mares no fueron por mas tiempo avaros de sus riquezas, bajo cuya proteccion vivieron y respiraron la libertad y el progreso, en cuya presencia vistió gozosa sus galas el arca de la alianza, el altar vió sobre su mesa los panes de la proposicion, el templo fué purificado, la desolacion huyó del lugar santo, la cautividad fué relegada al olvido y el pueblo sacudió la abominable coyunda que lo oprimía? *quómodo cecidit po-*

tens qui salvum faciebat pópulum Israel. Sí, ¿cómo nó? la misma ley, dice el libro de la sabiduría, existe para los grandes que para los humildes; pero nó, no te confundiré yo, muger fuerte y aun llorada todavia con lágrimas que arranca el entusiasmo, no te confundiré con el resto de los mortales: tu muerte fué tu vida verdadera. Sí, católicos, porque Isabel no fué criatura capaz de contenerse en los estrechos límites del mundo, ni su corazon cabía en el pecho, ni su inteligencia podia moverse en una region tan mezquina como la tierra. Muger cuya vestidura fueron el esplendor de la virtud y las armas de la fortaleza, *fortitudo et décor indumentum ejus,* no debia reinar sino en la morada de la justicia, donde la belleza no se marchita, ni la flor de la hermosura se inclina sobre su tallo, ni el valor se aminora, antes bien duplicado mil y mil veces se acrecienta.

El mérito de Isabel I no hay que buscarlo en su nacimiento, ni en los títulos que heredó de sus antepasados, ni en el linage nobilísimo de Juan II de Castilla; porque ni la dorada cuna, ni los blasones mundanos constituyen el ser moral de una criatura, ni pueden ser orígen de la perfeccion en los Princi-

pes. La grandeza de éstos hay que buscarla en la relacion que guarda el órden de su vida con los designios de la providencia sobre ellos. Isabel conserva esta máxima en su corazon y no la olvida ni un instante. Siempre se manifestó digna de su carácter, jamás se perdonó á sí misma el cumplimiento de los sagrados deberes que le imponía. Sus primeros pasos no fueron dirigidos al Trono; eran muy difíciles los tiempos, muy complicada la situacion, muy astutos sus enemigos; pero supo encaminarlos desde luego á la adquisicion de las sólidas virtudes, ni el Señor dejó de ayudarla en esta santa empresa, antes al contrario, valiéndose de las mismas turbulencias políticas, derramó sobre ella sus bendiciones cuando parecia abandonarla por completo.

Las disposiciones humanas aun aquellas que llevan impreso el sello de la malignidad y de la perfidia suelen ser medios eficaces de que se vale la Providencia para realizar sus designios sobre la criatura. Isabel en un monasterio, contemplando la instabilidad de las cosas humanas, meditando en las vanidades que encierran, derramando lágrimas junto al lecho de una madre desgraciada, se formó

para Reina, porque adquirió las virtudes que santifican á la muger cristiana, la humildad, la resignacion, la fortaleza. ¡Cómo se dirigiría al Señor en humilde plegaria para que pusiera término á los disturbios y freno á la licencia de una Corte corrompida! Cómo representaría allí el gran papel de la muger católica, sentir en su corazon los males de la sociedad y atesorar las virtudes que pueden hacerle contrapeso! Cómo tambien, aleccionada por la escena que se ofrecía á su vista, pediría al Dios de todo consuelo aquella ciencia divina que dirige á los monarcas y que les libra del naufragio en el piélago de las ilusiones mundanas! *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam, et noli me reprobare á pueris tuis.*

Ella no aspira al Trono; solo piensa en que es muger, y si alguna vez pasa por su imaginacion el brillo y esplendor de la Corte, es para reformarla, no de otra manera que la muger está llamada á ejercer una mision de la mas alta importancia, á santificar á otros perfeccionándose á sí misma. Este gérmen precioso que abriga el corazon de Isabel la saca victoriosa de los lazos que nuevamente se le preparan, la hace triunfar de la astucia

de sus enemigos y por último la eleva al mas alto grado de esplendor y de gloria.

Colocada en el Trono de Castilla es la muger cristiana dominando el universo, es el espíritu de fortaleza haciendo sentir su poderosa influencia en toda la esfera en que se agita. Aquella prudencia admirable, aquella rectitud de juicio para medir las conveniencias ó desventajas de un plan cualquiera, aquel arrojo cuando tiene la verdad en su apoyo, aquella cautela cuando desconfía, aquella imparcialidad en sus determinaciones, aquella delicadeza que hizo de ella el hechizo y encanto de su pueblo, aquella penetracion para descubrir el génio de un grande hombre bajo el tosco sayal de un Franciscano, el Nuncio de un hemisferio escondido bajo las apariencias de un importuno peregrino, en una palabra, aquel génio que todo lo abarca, aquella inteligencia que todo lo vé, aquel corazon que todo lo siente. Ay! aquel poder que todo lo alcanza, todo lo remedia, todo lo consuela; católicos, parece que estoy retratando á un gran Monarca, y que me separo del giro que debe llevar el discurso; pero nó, todas aquellas prerogativas son propias de la muger cristiana, frutos de su piedad y efectos naturales de su

justicia. ¿Á cuánto no alcanza el corazon de una muger en perfecta armonia con los designios de la Providencia? Responda por mí la historia, regístrese la de Isabel y se verá que sus grandes virtudes en el Trono proceden de la grandeza de espíritu, de la perfeccion en que raya como muger eminentemente cristiana. Aquí las virtudes públicas y las privadas se confunden, como se confunde el fuego con el calor que presta la llama. Ella pidió al Señor la eterna sabiduría, abrigando tambien la misma conviccion que el Rey Sabio, *et disponam pópulum tuum juste, et ero dignus sedium patris mei.* Isabel gobernó bien á su pueblo porque supo dirigirse á sí misma, fué digna del Trono de sus mayores, porque su alma estaba embellecida con las virtudes que deben brillar en la corona del príncipe.

Desprendámosnos por un momento de la gloria mundanal que la circunda y penetremos en el santuario de su corazon: allí quiero yo buscar su grandeza, allí su poderío, allí el tesoro que vale mas que un Trono, y en cuya comparacion todo es vaga sombra, humo espeso, flor que se inclina y marchita, niebla que se disipa al soplo de cualquier vien-

to. Qué escrupulosidad de conciencia! qué órden en su vida privada, qué oracion tan asidua, qué recogimiento tan admirable, qué fé tan pura y tan ilustrada, qué ternura de sentimientos, qué ejemplos en el hogar doméstico, ora dedicando sus ratos de ócio á lecturas piadosas que dieran pasto al alma, ora exhortando á la virtud á las damas de su servicio, ya ocupándose en la labor propia de su sexo, ya en abrir los tesoros para socorrer al indigente, como la muger de que nos habla la Escritura, *manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad páuperem;* y todo esto, no como virtudes naturales sino santificado con la gracia, dirigido al Señor para complacerle, comunicado á la humanidad para enseñarla.

Y si consideramos que es esposa y si tenemos presente que es madre, ¡cuántas virtudes no admirarémos! cuántos sacrificios no verémos consumados! Respeto, veneracion, sumision á la voluntad de Fernando en aquello en que no se comprometen el bien del pueblo ni los intereses de la conciencia. Amor entrañable, celo por la educacion, Ay! resignacion y conformidad con la voluntad del Altísimo cuando se vé desgraciada en sus hijos,

y llora la temprana muerte de uno, la pérdida de otro, la enfermedad de aquella, la suerte de ésta, el infortunio de todos. Y mientras el cielo la probaba de la manera con que acrisola á los justos, Ángeles del Señor, ¿no llevásteis por ventura el humo de un holocausto precioso al Trono del Omnipotente? ¿no fueron en mayor número los actos de virtud que presenciásteis que las tribulaciones y angustias con que Dios visitó aquella alma noble? Ved, cristianos, lo que es una muger católica, mirad tambien lo que solo el cristianismo puede realizar en el corazon de una criatura.

Decidme ahora los que en torno de ese sepulcro meditais sobre las cenizas de una Reina y sobre la gloria de que la Iglesia las circunda; ese silencio de la muerte, esa vaga sombra que veis pasearse sobre los mármoles, ese genio inmortal que se cierne sobre el busto de Isabel, ¿en favor de quién os habla hoy? La Reina de Castilla es una muger eminentemente cristiana, ¿quién le ha formado? ¿quién levanta su ser moral, quién la pone á la altura en que hoy se la contempla? Solo el catolicismo. Prescindamos de la elevacion que ha dado á la muger, elevacion sin la cual ella con ser tan grande no hubiera tenido

derecho á los honores que le rinde la posteridad, omitamos las consideraciones á que dá lugar esta idea, todas de la mayor importancia, máxime en los tiempos que atravesamos; fijémosnos únicamente en que él perfecciona á Isabel I de Castilla. Solo el catolicismo realza el ser moral de la criatura, porque solo él puede imponerle los deberes que se ligan á su estado, solo él le dá el conocimiento de su propio ser y le comunica los medios para llegar al término digno de su naturaleza. Solo el católicismo, porque solo él mantiene una idea clara y perfecta del órden sobrenatural; solo el catolicismo, porque solo él se vale del hombre para gloria del Señor y para bien de sus semejantes. Sin su influjo hubiera tenido Isabel virtudes naturales; pero nada de fé, y por consiguiente nada de heroismo: y eliminada la fé, ¿qué valor darémos á sus acciones? ¿qué les resta de grande? sola una ficcion de grandeza, sola una fantasma de gloria. Allí donde no obra la fé impulsa la pasion humana, donde no impera el deber se entroniza el egoismo, y ¿qué es mas digno del hombre? dirigirse por un principio sobrenatural, ó dejarse llevar por un torrente impetuoso que lo constituyen las pasiones y el capricho? Y si es

mas digno lo primero, ¿quién sino el católicismo dará la perfeccion á nuestra naturaleza?

No así lo ha creido el siglo llamado de las luces, y por esta razon se ve el hombre degradado mientras proclaman los filósofos sus fueros y sus derechos. Sintomas de un error tan deplorable son el desenfreno que corroe las entrañas de la sociedad, el desprecio á la vida del espíritu, el alejamiento de todo aquello que pide sacrificio, la idea equivocada que se tiene de la perfeccion Evangélica considerándola como patrimonio de ciertas clases y nunca como ley á que todas, sin escepcion alguna, están sujetas. Adelantos, progreso, libertades, todo esto se vocifera, mas el espíritu yace en el olvido, y si alguien lo despierta de su letargo es para hacerlo servir al orgullo, es tambien para sacrificarlo en las aras de la materia. ¿Será por ventura que el catolicismo se opone al bienestar de las sociedades? Isabel va á contestar por nosotros, descubriendo el carácter eminentemente social de la Religion en la conducta que observó como Reina.

Aquí es donde nos aguarda la historia de Isabel para trazarnos una brillante apología y darnos lecciones importantísimas. Yo podré decir desde luego que encumbrada sobre un sólio cuyo brillo estaba en relacion con sus peligros, arrostrando aquella inmensa responsabilidad que si merece del cielo gracias especiales como nos enseñan las sagradas letras, no exige de los príncipes menor correspondencia, menos vigilancia, menores sacrificios; no desmintió su carácter, se mostró digna del Trono como antes se habia manifestado acreedora á los favores del Eterno. *Non mutavit Esther educationem suam.* Examinemos las disposiciones de su gobierno, y en el campo de batalla como en el retiro del gabinete, en la guerra y en la discordia como en la paz y tranquilidad de su pueblo, nos dirá tambien con el sabio, *diligite justitiam qui judicatis terram.*

Hay almas que con sola su voluntad trastornan una sociedad entera, é imprimen indeleble sello á un siglo: tal era Isabel de Castilla. Por medio de la convocacion de las Córtes en Toledo afianza el espíritu de las leyes y acude al bien de la patria; con la institucion del Santo Oficio protege y asegura la tran-

quilidad del ciudadano; con la creacion de buenos magistrados defiende la justicia que clamaba por sus derechos; con la proteccion que dispensa á las letras convierte á España en semillero de sabios, la pone á la cabeza de las naciones, para que brillara despues con aquel esplendor que propios y estraños admiraron en la época de Felipe el prudente. Ella no tiene otra política que la requerida por los intereses del pueblo, ni dispone de otros medios mas eficaces que los del corazon de una muger cristiana y los de la inteligencia que podriamos llamar de un grande hombre.

De un grande hombre, sí, porque un grande hombre es el que previene los peligros, el que repara todas las necesidades, el que se lanza animoso al llamamiento de guerra cuando el leon de Castilla sacudió el sueño profundo y amenazó desgarrar las entrañas de sus enemigos. Isabel fué poderosa para vencer la obstinacion de siete siglos, hábil para adormecer y herir de muerte á una fiera, bastante á despertar de su letargo á un esclavo para poner en sus sienes la corona de la libertad suspirada. Sí, católicos, sus ejércitos eclipsan la media luna arrebatándole el imperio de las Españas, pero ¿fuéron ellos?

no, era el espíritu de aquel gran guerrero cuya vista inflamaba el corazon de los combatientes, era la figura del católicismo reviviendo en una muger y mostrando por medio de ella las fuerzas de que dispone. El cerco de Moclin, el asedio de Málaga, la toma de Baza que preparó el total esterminio del Ismaelita hablan con mas elocuencia que la que puede desplegar el arte para su encomio.

Aun se escucha en la que fuera un dia el Atenas del árabe orgulloso el estruendo de las armas, aun se advierte un movimiento inusitado, allí se aprestan utensilios de guerra, aquí se alista en las filas de Isabel la flor de la nobleza castellana. Córdoba se admira, Granada teme, aquella rebosa de júbilo, ésta llora amargamente y ve terminado el imperio mecido en una atmosféra de perfumes. Ciudades conquistadas, pueblos que dejasteis de ser lo que érais para empezar una vida de felicidad y de ventura, la imágen del triunfo alcanzado sobre vosotros tiene que servir ahora para animar con poderoso esfuerzo á los hidalgos de Castilla. Muger incomparable, para llenar la gran mision que te ha confiado el cielo no necesitas oprimir tu seno con la armadura, ni tu frente con la coraza, ni em-

puñar con débil mano el fuerte acero, no, te basta tu justicia, el ánimo que abrigas, la fé que te alimenta, el espíritu que te vivifica. La fé de un Monarca como Isabel es Omnipotente; aun existe un lugar destinado á ser monumento perpétuo de aquella virtud sublime que atesoraba el corazon de la Reina.

Separaos por un momento de lo que la historia ofrece en páginas riquísimas á vuestra imaginacion, á vuestra poesía: no mireis el asunto de una epopeya, ni la materia de un drama, ni el desenlace abundante en copiosos beneficios para la sociedad y para el individuo. No permitas, Dios mio, que sirva esta cátedra santa para otra gloria que la tuya, ni para cantar otro himno que el que repiten tus Ángeles en el cielo. Mirad, católicos, á Isabel desprendida de todo aquello que pudiera enorgullecerla, contempladla sorda á la adulacion que se aprovecha de los instantes en que la fortuna vuelve rostro halagüeño á los príncipes, vedla haciendo valer sus influencias para la causa de la justicia, renunciando sus comodidades para dar asiento á la civilizacion, gobernando de dia, vigilando en la noche, nunca rindiéndose ni pagando tributo á la debilidad de su sexo. Pero lo que

mas la caracteriza, oigámosla ya decir con el Rey Sabio, «y dijiste que yo edificaría un Templo en tu santo monte, un altar en la ciudad de tu morada, á semejanza de tu santo Tabernáculo que preparaste desde un principio.» *Et dixisti me ædificare templum in monte sancto tuo, et in civitate habitationis tuæ altare, similitudinem Tabernáculi sancti tui, quod præparasti ab initio.* Veámosla tambien como en otro tiempo el Macabeo exhortando á los suyos y animándolos á la misma empresa, «ved que han sido derrotados nuestros enemigos: vamos ahora á purificar y renovar el santuario.» *Ecce contriti sunt inimici nostri; ascendamus nunc mundare sancta et renovare.* Su pensamiento se cumplió; gracias á Isabel no escuchas, ciudad escogida, otros ecos que los de la religion y sirves de esmalte precioso en la corona de una gran Reina.

Pero no bastaba haber vencido á las potestades, no era suficiente para Isabel haberse hecho admirable en presencia de los poderosos, realizando las promesas que se hacía á sí mismo el Sabio diciendo *et in conspectu potentium admirabilis ero:* ella tambien debia triunfar de la politica mal intencionada, victoriā tanto mas difícil á un Príncipe cuanto mayores son los

obstáculos que ofrecen la pusilanimidad ó el egoismo. Los ecos de la guerra no le impiden oir la voz de la verdad que hablaba por un hombre inspirado. Lo que la ignorancia llamaba imposible, lo que la impiedad fanatismo, lo que la maledicencia orgullo, lo que la envidia locura, halla en Isabel un ánimo que lo acepta y un heroismo capaz de darle cumplimiento. Colon fué comprendido por ella, porque para comprenderlo se necesitaba, no una inteligencia, sino un corazon igual al suyo. Colon buscaba la gloria del Señor, el triunfo del católicismo; Isabel debia secundar sus miras, y ella hubiera sacrificado la existencia, si fuera necesario, como puso sus joyas á los piés no del hombre sino de la verdad que hablaba por sus labios. Mares que vísteis atónitos el poderío de la fé mas bien que el de la ciencia, con cuanto orgullo no repetiríais entonces el nombre de una Reina que os dió la gloria de besar con vuestras ondas las arenas ya santificadas!

La dicha de las naciones la constituye un Príncipe perfecto, *rex sapiens stabilimentum populi est,* dicen las santas Escrituras; y la perfeccion de un Monarca hay que buscarla en su corazon y en su inteligencia. Que al-

cance las necesidades del pueblo, que sea capaz de remediarlas al mismo tiempo que de sentirlas. Isabel cortada para el Trono posee en grado eminente todas aquellas virtudes, todo lo conoce, todo lo siente, todo lo sana. ¿Se necesitan reformas? ella las inicia y las lleva á debido efecto: ¿las comunidades religiosas han cedido á la fuerza de la revolucion? ella las levanta, restablece el espíritu primitivo valiéndose de la autoridad de la Iglesia, pero de aquella manera con que puede y debe valerse el que tiene las riendas del gobierno. ¿Hacen falta hombres que presten auxilio á la obra de la regeneracion de nuestra patria? ella tiene el don singular de conocerlos, dispone de aquel tesoro escondido que deben abrigar los principes, y para ensalzar á sus vasallos no escucha otras razones que las del mérito, ni otros ecos que los de su conciencia. Llora el afligido; ella enjuga sus lágrimas, hace milagros con su caridad, es toda para todos. La época ofrece peligros; ella dispone de medios para conjurarlos, todo lo renueva, todo lo ensalza, todo lo santifica, hace que todo sirva para bienestar de la nacion y para gloria del cielo. Isabel comprende muy bien los peligros de una política

á cuya cabeza está Fernando; no importa, ¡Oh milagro que se esplica solamente por la prudencia que es hija de la Religion! dos carácteres discordes obran en comun acuerdo, sin que destruya el interés lo que edifica el heroismo.

La vida de Isabel I en el Trono tiene el grande y esclusivo privilegio de ser una leccion permanente. España levantándose entonces de la postracion en que yacía, nos dice lo que debe ser un pueblo, y las armas que deben manejarse para realizar el plan Divino sobre las naciones. Nada de política falsa, léjos de nosotros esa máscara con que se encubren los sibaritas de la época, ódio eterno á esa doctrina nefanda que pretende hacer valer á los hombres por los grados de su astucia y tal vez por los de su cinismo y desenfreno. Levántate Isabel por un instante, pero no, vuelve á reclinar tu venerable cabeza, no oigas el murmullo de una sociedad pervertida, la horrorosa gritería de bandos conjurados contra Dios y contra su ungido, no quieras ver á tus hijos profanando tu testamento, ni pretendas escuchar la perversion de aquellas ideas que sembraste en medio de tu pueblo. Tú quisiste que la política diera

gloria al Señor cumpliendo sus eternos designios sobre el mundo; hoy la época quiere forjar de ella el ariete para derribar el baluarte inespugnable del catolicismo. Levántate empero, y di á los que rigen los destinos de la sociedad que no se duerman tranquilamente en la orilla del precipicio, no sea que caiga sobre ellos la maldicion eterna del Señor de los que dominan, *quoniam cum essetis ministri regni illius non recte judicastis, nec custodistis legem justitiæ, nec secundum voluntatem Dei ambulastis.*

No hay que engañarse: solo el catolicismo hace grandes á los príncipes y florecientes á los imperios: solo en él tienen orígen las verdaderas dotes de gobierno. Porque fundándose éstas en la apreciacion de las necesidades sociales, y de los medios para satisfacerlas; ¿quién podrá revelarnos el misterio que tales conceptos envuelven sino aquella institucion divina cuyo único fin es la regeneracion del ser humano? qué medios, aparte de los que ella emplea, serán mas adecuados para conducir al hombre á su verdadero destino? quién sino ella encierra en el círculo del deber á los que parecen estar exentos de su dominio? quién tampoco dispone de recursos sobrenaturales como los que

ella atesora para dar á una nacion el exacto conocimiento del bienestar á que aspira? Fuera de la Iglesia, la sociedad no tiene esplicacion posible, porque ni el individuo, ni la familia, ni el Estado, pueden ser sino *para Dios y por Dios;* y ni Dios se revela á nosotros sino por la Iglesia, ni otra institucion que la Iglesia esplica el gran misterio de nuestra existencia. Sola ella, pues, podrá decir al Príncipe lo que es la autoridad, lo que es el hombre, cuál deba ser su norte en el gobierno del pueblo, qué senda haya de seguir para llegar mas pronto al término.

Isabel nos enseña lo que vale la fé para la vida de las naciones, lo que es la abnegacion y el sacrificio, fruto legítimo de aquella religion santa que eleva al hombre cuando al parecer mas lo deprime, la altura á que llega una sociedad cuando se entrega en brazos del espíritu religioso, cuando fia sus destinos á la Iglesia y se hace hija suya predilecta. Así la causa de Isabel está identificada con la de la religion en un mismo siglo, en una misma época.

Tiempo es ya de que perfeccionemos la gran figura de esta Reina, estudiando su acendrado espíritu católico.

III.

Al llegar á este punto que debe cerrar mi oracion confieso en verdad que mis fuerzas desfallecen. Es difícil tarea retratar á Isabel bajo el aspecto del catolicismo; y por otra parte el título de *Católica* que le confirió la Iglesia dice mas en su obsequio que cuanto alegar pudiera en loor suyo la elocuencia mas robusta. Hacer su elogio no es ensalzar á una reina piadosa, sino trazar el gran sistema de la religion: seguirla en su carrera es seguir al espíritu cristiano en todas sus manifestaciones.

Ella es católica sujetándose en todo al espíritu religioso, sacrificando su amor propio en las aras de la religion, no transigiendo nunca con el error, ni haciendo ligas con la indiferencia. No es ya una Reina, sino un Apóstol celoso de la gloria del Señor y de la salvacion de las almas; no se satisface con levantar dentro de su corazon un altar al Crucificado, sino que quiere ofrecer en todas partes el perfumado incienso á la Divinidad; no tiene la religion por adorno, sino como base de su vida, no como auxiliar de sus empresas, sino como término á que todas se refieren; no como perla

en su corona, sino como corona de su sólio; no como objeto de veneracion, sino como fin supremo que debe proponerse un monarca. El cetro de Isabel no sirvió mas que para dar gloria á Dios, triunfo al catolicismo, salvacion á su pueblo.

¿Qué podré yo deciros de aquel celo en que se inflamaba su pecho por defender los intereses sagrados? ¿cómo esplicar aquella gran idea de la unidad religiosa que ella sola comprendió y para cuya realizacion empleó los medios que nos refiere la historia? Pero ay! quién habria de creer que al trazar la apología de la muger mas escelsa que se ha sentado en el Trono, me viera yo obligado á defenderla! ¡quién juzgaria que para hablar de una institucion saludable debida á Isabel I, fuera necesario consignar algunas salvedades con el fin de poner su carácter á cubierto de la calumnia y de la maledicencia! ¿Quién te dijera á tí, muger incomparable, que tus mismos hijos habrian de profanar su testamento? Pero tú me suministras las armas para defender juntamente contigo la causa de la religion y la del catolicismo. Tú en cuyo pecho no tuvo cabida la piedad falsa, tú que medias los grados de virtud por el peso del heroismo, tú que

avalorabas en justo precio el espíritu de la fé que profesamos, tú misma nos enseñas que ni el fanatismo creó aquel monumento, ni tampoco la civilizacion puede horrorizarse al contemplarlo.

Las dos necesidades que mas imperiosamente se dejaban sentir en la época de Isabel eran la unidad religiosa y la política; sin aquella la religion no podia medrar, le era imposible entronizarse como señora absoluta del corazon humano en el suelo conquistado por ella: sin ésta hubieran sido infructuosos los mayores esfuerzos para mantener lozano el árbol de la libertad regado con tanta sangre en los fértiles campos de nuestra patria. Y aun mas, sin la primera no hubiera podido subsistir la segunda; España se habria convertido en presa de sus enemigos, y los manejos de unos hombres astutos, indóciles y perversos, hubieran adormecido el leon castellano para el logro de sus intentos. Digasenos ahora cómo se podria atender á aquellas dos necesidades y precaver estos peligros sin un tribunal supremo que vigilara sobre la fé, que reprimiera el escándalo que venian dando á la religion los convertidos del Judaismo, que fijando una barrera entre los creyentes y los infieles,

evitase una mezcla tan absurda como perjudicial, tan antiracional como opuesta al bien público, tan contraria á la ley eterna como á los intereses de la patria, entre diversas creencias, entre distintas ideas, entre opuestos sistemas, entre el espíritu religioso y la negacion de todo aquello que lo conserva, lo ilustra y lo fomenta.

Isabel tampoco desconoce que la intolerancia con el error, por lo mismo que es lógica, lleva consigo la intolerancia con la anarquía. ¡Cómo se confunde la idea cristiana con la social, los intereses del espíritu con el bienestar de las naciones! Pero no nos separemos de nuestro asunto: veámosla procurando la salud de las almas y alejando de nuestro suelo á una raza proscrita, que lleva impreso en su frente el sello de la maldicion y de la ignominia; contempladla, cristianos, humillándose en el santuario, consagrándolo todo á Dios en el fondo de su corazon, dando á la Iglesia sus lauros, al mundo un gran ejemplo, á sí misma la confusion propia del alma cristiana.

Esas escusas con que los católicos de nombre quieren eludir el cumplimiento de sus deberes, tienen en Isabel una condenacion tácita pero elocuente. Ni las distracciones de la cór-

te, ni los disturbios del hogar doméstico, ni los cuidados del gobierno, ¡qué digo! ni el campo de batalla fueron bastantes á impedir su oracion, su recogimiento, los suspiros de su alma, los ayes de su corazon eminentemente cristiano. ¡Angeles del Señor! ¡Cuántas veces en medio del estruendo de los combates, recogísteis las plegarias que dirigia al Señor de los ejércitos! ¡Cuántas llevásteis al cielo tantos actos de humillacion cuantas fueron sus victorias, tantos de esperanza cuantos fueron sus peligros, tantos de resignacion cuantos fueron sus dolores, tantos de espiacion cuantas fueron las iniquidades que se cometian en torno suyo!

Y cuando la enfermedad la postra, cuando sus fuerzas decaen, el espíritu de aquella gran muger se acrecienta, y mas se enciende su fé, cuanto mas se oscurece la antorcha de la vida. Entonces pudiendo repetir las palabras de un gran Rey: *dies mei sicut umbra declinaverunt*, disipada la sombra de un mundo del cual habia usado como quiere el Apóstol, *tanquam non utantur*, desvanecida una gloria que jamás llenó su alma nobilísima, se dispone para el reino que nos preparó Jesucristo, y muere para Él como para Él habia vivido. El llanto de

sus hijos fué el signo de su felicidad. Hijos he dicho, porque hijos deja la fé, vasallos la fuerza; hijos una Reina Católica, vasallos un monarca cuya vida no ha girado en el círculo del cristianismo. Venid ahora tambien á la tumba de Isabel, católicos y españoles, y mas para llorar sobre vosotros mismos que para derramar lágrimas sobre sus cenizas, rodearos en torno suyo. Pueda yo decir hoy, *surrexerunt filii ejus et bœatissimam prœdicaverunt*. Dichosa, sí, porque cedió en gloria de la religion el brillo y esplendor del Trono, porque fueron tantos los dones que depositó sobre el altar, cuantas fueron las virtudes con que plugo á Dios enriquecerla.

¡Qué leccion tan elocuente! ¡Cómo condena Isabel con su espíritu ese catolicismo de *conveniencia* que en todo mira los intereses de la materia, en nada la gloria del Señor ni el provecho de las almas! Desaparezca de nosotros este escándalo de tan enorme trascendencia, bórrese para siempre esa falsa idea de la religion que quiere acomodarla al capricho, sin exigir el sacrificio de nuestra propia naturaleza. No se crea tampoco que la sociedad puede emanciparse de la Iglesia, no, antes por el contrario, téngase presente que el

catolicismo debe ser el centro de la vida social, porque fuera de él no puede cumplir el hombre su destino, una vez separado de Dios, puesto en lucha consigo mismo, sin comprender ni aun el misterio de la propia existencia. Neguemos la entrada en nuestro corazon á esa teoría que proclama una absurda tolerancia con todos los errores, y que tiende nada menos que á inocular entre nosotros la heregia desenmascarada junta con la disolucion de costumbres y los disturbios de las revoluciones. No olvidemos, en fin, que el principio religioso no puede subsistir sin el catolicismo.

Solo él conserva la fé, la esperanza y la caridad, solo él mantiene incólume el principio de autoridad, vínculo sin el cual todas las relaciones morales se disuelven. Su intolerancia niega la entrada al indiferentismo porque no concede derechos sino á la verdad indefectible, ni permite la duda, ni consiente que la inteligencia haga comparecer en su tribunal á la verdadera doctrina, como no sea cimentándose ya en la fé, quemando el grano de incienso antes de emitir su débil fallo.

Isabel fué profundamente religiosa porque fué eminentemente católica: suprímase este segundo concepto y queda sin esplicacion el es-

píritu de aquella muger admirable. Aquí tambien se nos abre un campo vastísimo para la apología de la Iglesia, y hoy que se pretende arrebatarle el imperio del universo, hoy que se quiere hacer de ella la esclava del espíritu humano, nada mas conducente que presentar á la sociedad moderna el gran cuadro del catolicismo dirigiendo la actividad del hombre, dando impulso á la civilizacion, vida al progreso. Isabel la Católica es la magnífica pintura de este asunto; ella nos dice que al proclamar la Iglesia sus eternos derechos no pide otra cosa mas que gloria para Dios, felicidad para el Estado, vida para el individuo.

Tiempo es ya de poner fin al discurso. La Reina ilustre de Castilla no necesita de nuestros elogios; alábenla sus obras que serán tan eternas como su nombre, *laudent eam opera ejus*: su justicia como muger, su justicia como Reina, su justicia como católica, ó lo que es igual y mas propio para retratarla, el profundo catolicismo en sus tres vidas, moral, política y religiosa. Ni tú tampoco Iglesia Santa que la formaste grande como muger, grande como Reina y grande como católica, has menester la apología trazada por el mas

indigno de tus ministros. Habla tu doctrina capaz de realzar al hombre, hablan tus principios capaces de dar la vida á las naciones, habla tu espíritu capaz de sostener la verdadera idea religiosa. Dichosos nosotros si al acercarnos hoy á un sepulcro en que tu voz ¡oh institucion Divina! parece que se deja oir sobre las cenizas que contiene, podemos recoger para nuestra enseñanza aquella leccion permanente: *diligite justitiam qui judicatis terram.*

Cristianos, si Isabel la Católica llena nuestro corazon de entusiasmo, si dice su nombre lo que en nuestro pecho no cabe, no olvidemos que ni ella quiso otra gloria que la de Dios ni otra corona que la del cielo. Sea pues nuestro mas elocuente elogio y el mas fervoroso de nuestros sufragios la imitacion de su heroismo; vivamos para la religion, y si contemplamos hoy á la que se hizo grande y admirable á la faz de las naciones, veamos tambien en ella el principio de que dimana la gloria de nuestra naturaleza, *la verdad católica.* Sea esta nuestra guía, nuestra luz, nuestra esperanza, para que pueda ser como en Isabel nuestra corona.

AMEN.